

Correspondencia Pannekoek-Castoriadis

1) Carta de Pannekoek a Castoriadis, 8 de noviembre de 1953.

Le agradezco por la serie de 11 números de **Socialisme ou Barbarie** que usted me envió a través del camarada B... Los he leído (aunque no finalizado), con un gran interés, a causa de la concordancia de miradas que revela que existe entre nosotros. Usted habrá tenido la misma constatación con la lectura de mi libro **Los Consejos Obreros**. Durante años, me pareció que el número de socialistas que desarrollaban estas ideas no había aumentado. El libro fue ignorado y silenciado por la totalidad de la prensa socialista (salvo, recientemente por el **Socialist Leader**, del ILP). Por ello me puso feliz conocer a un grupo que llegó a estas mismas ideas por una vía independiente. La dominación completa de los trabajadores sobre el propio trabajo, que ustedes expresan diciendo "los productores organizan ellos mismos la gestión de la producción", yo la describí en los capítulos sobre "La organización de los talleres" y "La organización social". Aquellos organismos que los obreros tienen necesidad para deliberar, formar asambleas de delegados, y que ustedes llaman "organismos soviéticos", son los mismos que nosotros llamamos "Consejos Obreros", "Arbeiterräte", "Workers' Councils".

Por supuesto que hay diferencia. Yo las abordaré, considerando esto como un ensayo de contribución a la discusión en vuestra revista. Mientras que ustedes restringen la actividad de esos organismos a la organización del trabajo en las fábricas, después de la toma del poder social por los trabajadores, nosotros los consideramos como siendo los organismos a través de los cuales los obreros conquistarán el poder. Para conquistar el poder nosotros no tenemos nada que hacer con un "Partido revolucionario", que tomara la dirección de la revolución proletaria. Ese "partido revolucionario" es un concepto trotskista que encuentra adhesión (desde 1930), entre numerosos ex partidarios del PC, decepcionados por la práctica de este último. Nuestra oposición y crítica se remonta a los primeros años de la Revolución Rusa y estaban dirigidas contra Lenin, suscitadas por su giro hacia el oportunismo político. Así, nosotros nos quedamos fuera de la vía del trotskismo; nunca estuvimos bajo su influencia. Nosotros consideramos a Trotsky como el portavoz más hábil del bolchevismo, que debía haber sido el sucesor de Lenin. Pero después de haber reconocido en Rusia un capitalismo de Estado naciente, nuestra atención se orientó principalmente hacia el mundo europeo del gran capital, ahí donde los trabajadores debían transformar el capitalismo más altamente desarrollado en un comunismo real (en el sentido literal del término). Trotsky, por su fervor disidente, cautivó a los disidentes del stalinismo que habían sido arrojados del PC e, inoculándoles el virus del bolchevismo, tornándolos así incapaces de comprender las nuevas grandes tareas de la revolución proletaria.

Dado que la revolución rusa y sus ideas tienen todavía una gran influencia sobre los espíritus, resulta necesario penetrar más

profundamente en su carácter fundamental. Se trató, en una palabra, de la última revolución burguesa, pero que fue la obra de la clase obrera. Revolución burguesa significa una revolución que destruye el feudalismo y abre la vía a la industrialización, con todas las consecuencias que ello implica. La Revolución Rusa está entonces en la línea de la Revolución Inglesa de 1647 y de la Revolución Francesa de 1789 con su continuación en 1830, 1848 y 1871. En el curso de estas revoluciones, los artesanos, los campesinos y los obreros aportaron el poder masivo necesario para destruir el antiguo régimen. De inmediato, los comités y los partidos representantes de las capas ricas que constituían la futura clase dominante, ascendieron a un primer plano y se apropiaron del poder gubernamental. Era la salida natural, pues la clase obrera todavía no estaba madura para autogobernarse; la nueva sociedad era así una sociedad de clases donde los trabajadores eran explotados; y la clase dominante tenía necesidad de un gobierno compuesto de una minoría de funcionarios y de hombres políticos. La revolución rusa, que remite a una época más reciente, pareció ser una revolución proletaria; pues los obreros fueron los autores a través de las huelgas y las acciones de masa. Enseguida, sin embargo, el partido bolchevique logró tomar las riendas del poder (la clase trabajadora era una pequeña minoría en la población campesina).

Así, el carácter burgués (en el sentido amplio) de la revolución rusa devino dominante y tomó la forma de un capitalismo de Estado. Desde allí, en lo que concierne a su influencia ideológica y espiritual en el mundo, la revolución rusa se convirtió en el opuesto exacto de la revolución proletaria que debe liberar los obreros y hacerlos dueños del aparato productivo.

Para nosotros, la tradición gloriosa de la revolución rusa consiste en que, en sus primeras explosiones de 1905 y en 1917, fue la primera en desarrollar y mostrar a los trabajadores del mundo entero, la forma organizacional revolucionaria autónoma, los *soviets*. De esta experiencia, confirmada más tarde, en pequeña escala, en Alemania, nosotros extrajimos nuestra idea sobre la acción de masas que es propia de la clase obrera y que ésta deberá aplicar para su propia liberación.

Exactamente en lo opuesto vemos las tradiciones, las ideas y los métodos surgidos de la revolución rusa, cuando el PC se apoderó del poder. Estas ideas, que sirven únicamente de obstáculo a una acción proletaria correcta, constituyen la esencia y la base de la propaganda de Trotsky.

Nuestra conclusión es que las formas de organización de poder autónomo, expresadas en los soviets o Consejos Obreros deben servir tanto para la conquista del poder como en la dirección del trabajo productivo después de la conquista. Primero, porque el poder de los trabajadores sobre la sociedad no puede ser obtenido de otra manera, por ejemplo, por medio de aquello que se llama partido revolucionario. Segundo, porque los soviets, que

serán luego necesarios para la producción, no pueden formarse sino en la lucha de clases por la conquista del poder.

Me parece que en este concepto el “nudo de la contradicción” del problema de la “dirección revolucionaria” desaparece. Pues la fuente de contradicciones es la imposibilidad de armonizar el poder y la libertad de una clase gobernando su propio destino, con la exigencia de que ella obedeciese a una dirección formada por un pequeño grupo o partido. Pero ¿podemos nosotros mantener tal exigencia? Esta contradice claramente la idea más citada de Marx, a saber, que la liberación de los trabajadores será obra de los propios trabajadores. Aún más, la revolución proletaria no puede ser comparada con una rebelión única o una campaña militar dirigida por un comando central, ni siquiera en un período de luchas semejante como el de la gran Revolución Francesa que no fue sino un episodio en el ascenso de la burguesía al poder. La revolución proletaria es mucho más vasta y profunda; ella es el ascenso de las masas del pueblo a la conciencia de su existencia y de su carácter. Ella no será una convulsión única; ella será el contenido completo de un período en la historia de la humanidad, en la cual la clase obrera descubrirá y realizará sus propias facultades y potencial, así como sus propios objetivos y métodos de lucha. Yo me ocupé de elaborar algunos aspectos de esta revolución en mi libro **Los Consejos Obreros**, en el capítulo titulado “La revolución obrera”. Claro está, esto no nos provee sino de un esquema abstracto, que se puede utilizar para poner adelante las diversas fuerzas en acción y sus relaciones.

Ahora bien, puede que usted pregunte: pero entonces, en el marco de esta orientación ¿para qué sirve un partido o un grupo, y cuáles son sus tareas? Podemos estar seguros de que nuestro grupo no llegará a comandar las masas laboriosas en su acción revolucionaria; al costado nuestro hay una media docena y otros más grupos y partidos que se llaman revolucionarios, pero que difieren en sus programas y sus ideas; y comparados con el gran partido socialista, no son sino liliputienses. En el marco de la discusión desarrollada en el número 10 de vuestra revista, fue dicho que nuestra tarea es, y con razón, principalmente teórica: encontrar e indicar, mediante el estudio y la discusión, el mejor camino de acción para la clase obrera. Sin embargo, la educación basada en ello no debe estar dirigida solamente a los miembros del partido o grupo, sino a las masas o la clase obrera. Son ellos los que tienen que decidir en sus reuniones de fábrica y de consejos, la mejor manera de actuar. Pero, para que ellos decidan de la mejor manera posible, tienen que ser esclarecidos por opiniones bien consideradas, y provenientes de la mayor cantidad de sectores posibles. En consecuencia, este grupo que proclama que la acción autónoma de la clase obrera es la fuerza principal de la revolución socialista considerará que su tarea principal es ir a hablar a los obreros: por ejemplo a través de volantes populares que esclarezcan sus ideas, explicando los cambios importantes de la sociedad y la necesidad de una dirección de los obreros por ellos mismos en todas sus acciones tanto como en el trabajo productivo futuro.

Usted tiene aquí algunas de las reflexiones que me suscitó la lectura de las discusiones altamente interesantes publicadas en su revista. En más, debo decir cuan satisfecho estoy...

2) Primera respuesta de Pierre Chaulieu (Castoriadis) a Pannekoek [sin fecha].

Su carta produjo una gran satisfacción en el grupo de camaradas; satisfacción por el hecho de que nuestro trabajo sea apreciado por un camarada tan considerado como usted, que consagró toda su vida al proletariado y al socialismo; satisfacción de tener un acuerdo profundo sobre ciertos puntos fundamentales; satisfacción de poder discutir con usted y enriquecer así nuestra revista con este debate.

Antes de discurrir sobre los dos puntos centrales de su carta (naturaleza de la revolución rusa, concepción y rol del partido), quisiera señalar los puntos sobre los cuales se basa nuestro acuerdo: autonomía de la clase obrera, a la vez como medio y como fin de su acción histórica; poder total del proletariado sobre el plano económico y político como único contenido concreto del socialismo. En este sentido, quisiera disipar un malentendido. No es correcto que nosotros restringimos “la actividad de esos organismos (soviéticos) a la organización del trabajo en las fábricas, después de la toma del poder...”. Nosotros pensamos que la actividad de los organismos soviéticos (o Consejos Obreros) después de la toma del poder se extenderá a la organización total de la vida social; es decir, que mientras sea necesario que haya un organismo de poder, su rol será cumplido por los Consejos Obreros. Tampoco es correcto que estemos pensando en algún rol para los Consejos Obreros solamente para el momento siguiente a la “toma del poder”. Al mismo tiempo, la experiencia histórica y la reflexión muestran que los Consejos no serían organismos que expresen verdaderamente la clase trabajadora si éstos fueran creados, por decirlo de alguna manera, por decreto el día después de una revolución victoriosa. Ellos no serán algo sino en la medida en que sean creados espontáneamente por un movimiento de la clase, esto es, antes de la “toma del poder”; y si es así, es evidente que tendrán un rol primordial durante todo el período revolucionario, cuyo comienzo preciso está marcado (como decía yo en mi texto sobre el partido, en el número 10 de la revista) por la constitución de los organismos autónomos de masa.

Pero donde hay, en efecto, una diferencia de opinión entre nosotros, es sobre la cuestión de saber si durante el período revolucionario esos Consejos son el único organismo que juega un rol efectivo en la dirección de la revolución y, en menor medida, cuál es el rol y la tarea de los revolucionarios de aquí hasta allá. Es decir, “la cuestión del partido”.

Usted dice que para conquistar el poder, no necesitamos de un partido revolucionario que tome la dirección de la revolución proletaria. Y más lejos, después de recordar a justo título que hay, al lado nuestro, una media docena de partidos que se reivindican representantes de la clase obrera, usted agrega: “Para que ellas (las masas en sus Consejos) decidan de la mejor manera posible, deben ser esclarecidas por opiniones bien consideradas y procedentes de la mayor cantidad de sectores posibles”. Me temo que esta visión de las cosas no se corresponde en nada a los rasgos más ciegos y más profundos de la situación actual, así como a los rasgos más previsibles de la clase obrera. Pues los otros

grupos y partidos de los cuales usted habla no representan simplemente opiniones diferentes sobre la mejor manera de hacer la revolución, y por ello mismo las sesiones del Consejo no serán calmas reuniones de reflexión donde, después de la opinión de diversos consejeros (los diversos grupos y partidos), la clase obrera se decidirá a seguir tal o cual vía. A partir de la constitución de los organismos de la clase obrera, la lucha de clases será trasladada al seno de los organismos; ella será trasladada por la mayor parte de los representantes de los diversos “grupos y partidos” que reivindican la clase obrera; pero que en la mayor parte de los casos representan intereses e ideologías hostiles al proletariado, como los reformistas y los stalinistas. Y aun si no se encuentran bajo esta forma actual, éstos se encontrarán bajo otra forma; estemos seguros de ello. De manera verosímil, ellos tendrán desde el comienzo una posición predominante. Y toda la experiencia de los últimos veinte años —la guerra de España, la Ocupación, incluidas las experiencias de reuniones sindicales más pequeñas de la actualidad— nos enseña que los militantes que tienen nuestra opinión tendrán que conquistar por la lucha incluso *el derecho a la palabra* en el seno de esos organismos.

La intensificación de la lucha de clases durante el período revolucionario tomará inevitablemente la forma de la intensificación de la lucha de las diversas fracciones en el seno de los organismos de masas. En estas condiciones, decir que una organización revolucionaria de vanguardia se limitará a “instruir mediante opiniones bien consideradas” a los consejos es, creo, lo que en inglés se llama un “understatement”. Desde luego, si resulta que los Consejos del período revolucionario son asambleas de sabios en las que nadie turba la tranquilidad necesaria para una reflexión bien sopesada, seríamos los primeros en felicitarnos por ello; estamos seguros, en efecto, que nuestro parecer prevalecería si las cosas sucediesen de ese modo. Pero sólo en este caso podría el “partido o grupo” limitarse a las tareas que usted le asigna. Y este caso es con mucho el más improbable. La clase obrera que formará estos consejos no será una clase diferente de la que existe en la actualidad; habrá dado un enorme paso hacia delante, pero, tomando una expresión célebre, todavía llevará los estigmas de la situación de la que procede. Todavía estará dominada en su superficie por influencias profundamente hostiles, a las que en un principio sólo se opondrán su voluntad revolucionaria todavía confusa y una vanguardia todavía minoritaria. Esta, con todos los medios compatibles con nuestra idea fundamental de la autonomía de la clase obrera, tendrá que aumentar y profundizar su influencia en los consejos, y ganar para su programa a la mayoría. Incluso quizás tenga que actuar *antes*. ¿Qué tendrá que hacer si, representando a un 45% de los consejos, llega a su conocimiento que un partido neostalinista cualquiera se prepara para tomar el poder al día siguiente? ¿No tendrá que intentar apoderarse de él inmediatamente?

No creo que usted esté en desacuerdo con todo esto; creo que a lo que usted apunta sobre todo en sus críticas es a la idea del partido como “dirección revolucionaria”. Sin embargo, he intentado explicar que el partido no podía ser la dirección de la clase, ni antes, ni después de la revolución: ni antes, porque la clase no le sigue y porque a lo sumo sólo podría dirigir a una minoría (y aun así, “dirigirla” en un sentido muy relativo: influen-

ciarla mediante sus ideas y su acción ejemplar); ni después, ya que el poder proletario no puede ser el poder del partido, sino el poder de la clase en sus organismos autónomos de masas. El único momento en que el partido puede acercarse a un papel de dirección efectiva, de cuerpo que intenta imponer su voluntad incluso por la violencia, puede ser en una cierta fase del período revolucionario que precede inmediatamente al desenlace de éste; algunas decisiones prácticas importantes pueden tener que ser tomadas en otro lugar distinto a los consejos si los representantes de organizaciones de hecho contrarrevolucionarias participan en ellos, y el partido puede comprometerse bajo la presión de las circunstancias en una acción decisiva incluso si no es seguido en los votos por la mayoría de la clase. El hecho de que actuando de ese modo el partido no actúe como un cuerpo burocrático cuyo objetivo es imponer su voluntad a la clase, sino como la expresión histórica de la propia clase, depende de una serie de factores, sobre los que ya se puede discutir ahora en abstracto, pero cuya apreciación concreta sólo podrá manifestarse en aquel momento: qué proporción de la clase está de acuerdo con el programa del partido, en qué estado ideológico está el resto de la clase, cómo se desarrolla la lucha contra las tendencias contrarrevolucionarias en el seno de los consejos, qué perspectivas ulteriores hay, etc. Establecer desde ahora una serie de reglas de conducta para los diversos casos posibles sería sin duda pueril; podemos estar seguros de que los únicos casos que se presentarán serán los casos no previstos.

Hay camaradas que dicen: trazar esa perspectiva es dejar el camino abierto a una posible degeneración del partido en el sentido burocrático. La respuesta es: no trazarla significa aceptar desde ahora la derrota de la revolución o la degeneración burocrática de los consejos, y ello ya no como una posibilidad, sino como una certidumbre. En resumidas cuentas, negarse a actuar por miedo a transformarse en burócrata me parece tan absurdo como renunciar a pensar por miedo a equivocarse. Del mismo modo que la única “garantía” contra el error consiste en el ejercicio del propio pensamiento, la única “garantía” contra la burocratización consiste en una acción permanente en un sentido antiburocrático, luchando contra la burocracia y demostrando en la práctica que es posible una organización no burocrática de la vanguardia, y que a su vez puede organizar relaciones no burocráticas con la clase. Pues la burocracia no nace de concepciones teóricas falsas, sino de las propias necesidades de la acción obrera en una cierta etapa de ésta, y es en la acción donde el proletariado debe demostrar que puede prescindir de la burocracia. En resumidas cuentas, permanecer sobre todo preocupado por el miedo a la burocratización es olvidar que en las condiciones actuales una organización sólo podrá conseguir una influencia notable en las masas si es capaz de expresar y realizar sus aspiraciones antiburocráticas; es olvidar que un grupo de vanguardia sólo podrá lograr una verdadera existencia si se modela perpetuamente sobre estas aspiraciones de las masas; es olvidar que ya no hay espacio libre que pudiera ocupar una nueva organización burocrática. Y esto es lo que explica en última instancia el permanente fracaso de los intentos trotskistas por crear de nuevo pura y simplemente una organización “bolchevique”.

Añadiré para concluir lo dicho sobre el asunto que tampoco creo que se pueda decir que en el período actual (y de ahora a la revolución) la tarea de un grupo de vanguardia sea una tarea “teórica”. Creo que esa tarea también es —es sobre todo— de lucha y organización. Pues la lucha de clases es permanente, a través de sus alzas y sus bajas, y la maduración ideológica de la clase obrera se realiza a través de esa lucha. Ahora bien, el proletariado actualmente está dominado por las organizaciones (sindicatos y partidos) burocráticas, con lo cual las luchas se vuelven imposibles, son desviadas de su objetivo de clase o conducidas a la derrota. Una organización de vanguardia no puede asistir indiferente a ese espectáculo, ni limitarse a aparecer como el búho de Minerva al anochecer, que deja caer de su pico octavillas que explican a los obreros la razón de su derrota. Ha de ser capaz de intervenir en esas luchas, combatir la influencia de las organizaciones burocráticas, proponer a los obreros modos de acción y de organización: e incluso a veces ha de ser capaz de imponerlos. En ciertos casos, quince obreros resueltos de la vanguardia pueden poner en huelga una fábrica de cinco mil, si están dispuestos a arrollar a algunos burócratas estalinistas, lo cual ni es teórico, y ni siquiera democrático, ya que esos burócratas siempre han sido elegidos por los propios obreros con una mayoría de votos bastante confortable.

Ante de terminar esta respuesta querría añadir dos palabras sobre nuestra segunda divergencia, que a simple vista sólo tiene un carácter teórico: la relativa a la naturaleza de la revolución rusa. Creo que caracterizar a la revolución rusa como una revolución burguesa es violentar los hechos, las ideas y el lenguaje. Que en la revolución rusa hubo varios elementos de una revolución burguesa en particular, la “realización de las tareas burguesas democráticas” es algo que siempre ha sido reconocido e, incluso antes de la propia revolución, Lenin y Trotsky los utilizaron como base de su estrategia y de su táctica. Pero en aquella etapa precisa del desarrollo histórico y con la configuración de las fuerzas sociales en Rusia, esas tareas sólo podía abordarlas la clase obrera que, al hacerlo, no tendría más remedio que plantearse al mismo tiempo tareas esencialmente socialistas.

Usted dice: la participación de los obreros no basta para definir el movimiento. Por supuesto, desde el momento que un combate se convierte en un combate de masas, los obreros están presentes, ya que son las masas. Sin embargo, el criterio no es éste; se trata de saber si los obreros se encuentran allí como la pura y simple infantería de la burguesía o si combaten por sus propios objetivos. En una revolución en la que los obreros luchan por la “Libertad, Igualdad y Fraternidad” —y cualquiera que sea el significado que subjetivamente dan a esas consignas—, son la infantería de la burguesía. Cuando luchan por “Todo el poder a los soviets”, luchan por el socialismo. La revolución rusa fue una revolución proletaria porque el proletariado intervino en ella como fuerza dominante con su propia bandera, a cara descubierta, con sus reivindicaciones, sus medios de lucha, sus propias formas de organización: no sólo constituyó organismos de masas que tendían a apropiarse de todo el poder, sino que incluso llegó a la expropiación de los capitalistas y empezó a realizar la gestión obrera de las fábricas. Todo esto convierte a la revolución rusa en una revolución proletaria, cualquiera que haya podido ser

su suerte posterior, del mismo modo que ni sus debilidades, ni su confusión, ni su derrota final, impiden que la Comuna de París haya sido una revolución proletaria.

Esta divergencia puede parecer a simple vista teórica; sin embargo, creo que tiene una importancia práctica en la medida que manifiesta una diferencia de metodología con respecto a un problema actual por excelencia: el problema de la burocracia. El hecho de que la degeneración de la revolución rusa no haya dado lugar a una restauración de la burguesía, sino a la formación de una nueva capa explotadora, la burocracia; que el régimen que dirige esta capa, a pesar de su profunda similitud con el capitalismo (en tanto que dominación del trabajo muerto sobre el trabajo vivo), difiera de él en una gran cantidad de aspectos que no se pueden desdeñar so pena de condenarse a no comprenderlo; que esa misma capa, desde 1945, esté extendiendo su dominación en el mundo; que en los países de Europa occidental esté representada por partidos profundamente arraigados en la clase obrera, todo esto nos obliga a pensar que limitarse a decir que la revolución rusa fue una revolución burguesa equivale a cerrar los ojos voluntariamente ante las características más importantes de la situación mundial *hoy día*.

Confío en que esta discusión proseguirá y se profundizará, y creo inútil repetirle que acogeremos con profundo placer en **Socialismo o Barbarie** todo lo que tenga a bien enviarnos.

Fraternalmente

3) Segunda carta de Pannekoek a Castoriadis, 15 de junio de 1954.

He podido constatar con gran placer que usted ha publicado en la revista **Socialisme ou Barbarie** una traducción de mi carta, con notas críticas, a fin de hacer participar a vuestros lectores en esta discusión sobre cuestiones fundamentales. Ya que usted expresó el deseo de seguir la discusión, le envío algunas observaciones a su respuesta. Naturalmente, hay divergencias de opinión que pueden aparecer en la discusión con mayor claridad. Tales divergencias son el resultado de una apreciación diferente de aquello que se consideran como los puntos más importantes; lo cual a su vez está relacionado con nuestras experiencias prácticas o con el medio en el cual uno se halla. En mi caso, fue el estudio de las huelgas políticas en Bélgica (1893), Rusia (1905 y 1917), en Alemania (1917 y 1919); estudios a partir de los cuales traté de llegar a una comprensión clara del carácter fundamental de estas acciones. En su caso, su grupo vive y trabaja en medio de la agitación de clase de los obreros de una gran ciudad industrial. En consecuencia, su atención está concentrada en problemas prácticos: ¿cómo podrían desarrollarse métodos de lucha eficaces, más allá de la lucha ineficaz de los partidos y de las huelgas potenciales de hoy?

Naturalmente, no pretendo que las acciones revolucionarias de la clase obrera se desarrollen en una atmósfera de discusión tranquila. Lo que pretendo es que el resultado de la lucha, por lo general violenta, no sea determinado por circunstancias accidentales, sino por aquello que vive en el pensamiento los

obreros, como la base de una conciencia social adquirida por la experiencia, el estudio o las discusiones. Si el personal de una fábrica debe decidir hacer huelga o no, la decisión no debe ser tomada a golpes de puño en la mesa, sino normalmente mediante la discusión.

Usted plantea el problema de manera completamente práctica: ¿que haría el partido si tuviera detrás suyo el 45% de los miembros del consejo y si esperara que otro partido (neoestalinista que trataría de alcanzar el poder) tratara de alcanzar el poder por la fuerza? Su respuesta es: habría que adelantarse haciendo aquello que nosotros tememos que ellos hagan. ¿Cuál sería el resultado definitivo de esa acción? Mire lo que pasó en Rusia. Allí existía un partido con buenas intenciones revolucionarias, influenciado por el marxismo, y asegurado, además, por el apoyo de los consejos ya formados por los obreros. Sin embargo, éste fue obligado a tomar el poder y el resultado fue el stalinismo totalitario (si yo digo “fue obligado” es porque las circunstancias no estaban suficientemente maduras para una revolución proletaria). En el mundo occidental donde el capitalismo está más desarrollado, las circunstancias están ciertamente más maduras; teniendo en cuenta que la medida vendría a ser el desarrollo de la lucha de clases. Tengo que hacerle entonces una pregunta: la lucha del partido que usted propone, ¿salvaría la revolución proletaria? En realidad me parece que sería un nuevo paso hacia una nueva opresión.

Ciertamente, siempre habrá dificultades. Si la situación francesa o mundial exigiera una lucha en masa de los obreros, los partidos comunistas intentarían rápidamente transformar su acción en una demostración pro-rusa en el marco del partido. Es necesario llevar a cabo una lucha enérgica contra esos partidos. Pero no podemos vencerlos copiando sus métodos. Esto no es posible sino practicando métodos propios. La verdadera forma de acción de la clase en lucha es la fuerza de los argumentos, basada sobre el principio fundamental de la autonomía de las decisiones. Los obreros no podrán prevenir una opresión proveniente del partido comunista sino es a través del desarrollo y el fortalecimiento de su propia poder de clase. Ello no quiere decir otra cosa que la voluntad unánime de tomar los medios de producción bajo su control y gestionarlos.

La condición principal para la conquista de la libertad de la clase obrera es que la concepción del autogobierno y de la autogestión del aparato productivo esté arraigada en la conciencia de las masas. Esto concuerda, en cierta manera, con la visión de Jaurés sobre la Constituyente en su **Historia socialista de la revolución francesa**. Esta asamblea, muy nueva, que discutía los proyectos políticos, supo, apenas reunida, dismantelar todas las maniobras de la Corte. ¿Por qué? Porque ella era portadora de algunas grandes ideas abstractas, maduras largamente y con seriedad, que le daban una visión clara de la situación.

Claro que los dos casos no son idénticos. Aquí, en lugar de las grandes ideas de la Revolución Francesa, se trata de las grandes ideas sociales de los obreros, es decir, la gestión de la producción a través de la cooperación organizada. En lugar de 500 diputados seguros de sus ideas abstractas adquiridas mediante el estudio, los trabajadores serán millones guiados por la expe-

riencia de toda una vida de explotación en un trabajo productivo. He aquí porque yo veo las cosas de la manera siguiente: la tarea más noble y más útil de un partido revolucionario es, mediante la acción y la propaganda en miles de diarios, volantes, etc., enriquecer el conocimiento de las masas hacia una conciencia cada vez más clara y más vasta.

Ahora digamos algunas palabras sobre el carácter de la revolución rusa. La traducción inglesa “middle classe revolution”, por la de “revolución burguesa” no expresa exactamente su significación. Cuando en Inglaterra las susodichas clases medias tomaron el poder, ellas estaban compuestas en parte por pequeños capitalistas u hombres de negocios, propietarios del aparato industrial de producción. La lucha de masas era necesaria para expulsar a la aristocracia del poder, pero pese a ello, esta masa no era todavía capaz de tomar los medios de producción. Pues los obreros no pueden alcanzar la capacidad espiritual, moral y organizativa para hacerlo, sino a través de la lucha de clases en un capitalismo bastante desarrollado. En Rusia no existía una burguesía de cierta importancia; la consecuencia de ello fue que de la vanguardia de la revolución surgiría una nueva clase media como clase dirigente del trabajo productivo, que gestionaría el aparato productivo, no como un conjunto de propietarios individuales que poseen cada uno su parte de ese aparato de producción, sino como propietarios colectivos del aparato de producción en su totalidad.

En general, nosotros podemos decir: si las masas trabajadoras (puesto que ellas son el producto de las condiciones precapitalistas) no son todavía capaces de tomar la producción en sus propias manos, inevitablemente esto tendrá como resultado una nueva clase dirigente que se convertirá en dueña de la producción. Es esta concordancia la que me conducía a afirmar que la revolución rusa (en su carácter esencial y permanente) era una revolución burguesa. Claro que el poder del proletariado era necesario para destruir el poder del antiguo sistema (y eso fue una lección para los trabajadores del mundo entero). Pero una revolución social no puede obtener más de lo que le corresponde de acuerdo al carácter de las clases revolucionarias. Y si era necesaria la mayor radicalidad para vencer todas las resistencias, más tarde sería necesario dar marcha atrás.

Esto parece ser una regla general de todas las revoluciones hasta nuestros días: hasta 1793, momento en el cual la revolución francesa se hizo cada vez más radical; momento en el cual los campesinos se transformaron definitivamente en propietarios de sus propias tierras, y los ejércitos extranjeros fueron rechazados; en ese momento los jacobinos fueron masacrados y el capitalismo hizo su entrada como nuevo amo. Cuando las cosas se miran de esta manera, se constata que el curso de la revolución rusa fue el mismo que el de las revoluciones precedentes que tomaron el poder; en Inglaterra, Francia, Alemania. La revolución rusa no fue una revolución proletaria prematura. La revolución proletaria pertenece al futuro.

Espero que esta explicación, aunque no contenga argumentos nuevos, pueda ayudar a clarificar algunas divergencias de nuestros puntos de vista.

4) Segunda respuesta de Chaulieu (Castoriadis), 22 de agosto de 1954.

Discúlpeme por contestarle con un cierto retraso a su carta del 15 de junio. No estaba en París y no quise responder sin haber conversado antes con los camaradas del grupo. Entre tanto, recibí la otra carta del 10 de agosto, con el argumento de la “ética marxista”, que habíamos discutido.

Con respecto a su carta del 15 de junio, hemos decidido de manera unánime publicarla en el próximo número (18) de **Socialismo o Barbarie**. Ella podrá ayudar a los lectores a comprender su punto de vista, tanto en lo que respecta a la cuestión del partido como aquella sobre el carácter de la Revolución Rusa. Con respecto a mí, no creo que tenga nada importante que agregar a lo dicho en el número 14. Solamente quisiera observar que yo nunca pensé que “podríamos vencer al PC copiando sus métodos” y que yo siempre dije que la clase obrera (o su vanguardia) necesita un modo de organización nuevo, que corresponde a la necesidad de luchar contra la burocracia; no solamente la burocracia exterior y realizada (la del PC), sino también a la burocracia interior potencial. Yo dije: la clase obrera necesita una organización antes de los Consejos. Usted me responde: “no necesita una organización de tipo staliniana”. Estamos de acuerdo, pero esta tesis exige que usted muestre que la organización staliniana es la única realizable. Pienso que en ese terreno de la discusión no se puede avanzar mucho. Tengo la intención de retomar el problema a partir del texto “Intelectuales y Obreros”, publicado en el número 14 de **Socialismo o Barbarie** y espero publicar un artículo sobre eso en el número 16. Supongo que en ese momento podremos retomar la discusión de una manera fecunda.

Respecto de su artículo contra Rubel, nosotros pensamos que era muy difícil publicar una crítica de un libro que todavía no fue publicado. La tesis de Rubel está dactilografiada. Los lectores y nosotros mismos no la conocemos sino a través de la reseña hecha en **Le Monde** por Jean Lecroix, quien, si no me equivoco, debe haber asistido a la defensa de tesis y que verdaderamente no la debe haber leído. En todo caso, me parece difícil hacer una crítica a partir de la reseña aparecida en un diario. Es cierto que Rubel ya había expuesto esta concepción, la que, como usted dice, no es novedosa, en su introducción “Pages choisies de Marx”; pero ya que él se toma el trabajo de escribir un libro sobre el tema, la gente pensará que nosotros deberíamos esperar y ver el desarrollo de sus posiciones y la argumentación que la acompaña. Pues, por el momento, estamos a punto de discutir sobre un vocablo. Le pedimos entonces esperar a la publicación del libro de Rubel: le enviaremos un ejemplar apenas sea publicado, y tal vez usted constataste que no sea necesario cambiar una sola palabra de su artículo, pero nosotros habremos cumplido con las reglas de la corrección literaria.

P.D. Fue sin duda un malentendido que usted haya creído que se deslizó un error en la traducción de su carta. La expresión (pág. 40, línea 13, número 14), “nosotros no tenemos nada que hacer con un Partido Revolucionario”, es un galicismo que significa “nosotros no necesitamos, a nosotros no nos sirve un Partido

Revolucionario”. Es una traducción próxima de nuestro inglés “we have no use for”.

5) Respuesta de Pannekoek a Chaulieu (Castoriadis), 3 de septiembre de 1954.

Gracias por su carta del 22 de agosto. Permítame usted invertir el orden de los temas y tratar antes el artículo contra Rubel. Hace tiempo que leí *Pages Choisies*, pero sin prestarle mucha atención, aun si en la correspondencia que mantuvimos [con Rubel], él introdujo muchas afirmaciones éticas y pese a que yo traté de hacerle comprender lo que el marxismo quería decir. Sin embargo, leyendo hoy el artículo de **Le Monde**, percibo que el sujeto tenía mucha más importancia: mientras el *doctor* Rubel, precedido de su reputación de “márxologo” defendía triunfalmente su tesis en la Sorbona, yo retomé y estudié los viejos textos de Marx y encontré una reconfirmación de mis aseveraciones mucho más fuerte de lo que yo esperaba. De golpe, volqué todo eso en el papel y suponiendo que tales tesis, tan especializadas, dan lugar a una publicación, adjunté un extracto del artículo del diario. Pero yo estoy de acuerdo con que todo eso es insuficiente como base para una crítica. Por ello, voy a preguntar a Rubel si su tesis será publicada y cuando. En ese caso, sólo la primera parte de mi artículo debe ser reemplazada por otra introducción. El tema en sí, el carácter realmente científico de la teoría marxista, es para mí muy importante. Incluyo en ello el problema de la predicción del futuro, tema que engendró numerosas discusiones y muchas confusiones.

En cuanto al otro punto, respecto de la publicación de mi carta del 15 de junio, no era mi intención publicarla; o más bien, mientras la escribía no pensé que fuera a ser publicada. Si mi memoria es buena, creo que no la escribí con mucho cuidado. No obstante, si ustedes piensan que ciertos pasajes pueden contribuir al esclarecimiento, entonces creo que pueden hacer una selección, pero de tal modo que mis observaciones no ocupen tanto lugar en la revista. Tengo la impresión de que lo dicho en el libro **Los Consejos Obreros** puede dar una base más amplia y más general. Voy a enviarles una reedición de esos capítulos, preparada y publicada por mis amigos del ILP. Así tal cual, es un poco brutal, porque la argumentación está basada en los capítulos precedentes, que están ausentes. Aparentemente los camaradas del ILP han considerado que el punto de partida de la discusión sobre la revolución podría ser un buen remedio para la pasividad y la ausencia de espíritu revolucionario de los trabajadores ingleses.

Tengo la impresión de que nuestras posiciones sobre la acción de clase proletaria son diametralmente opuestas, pues cada una de ellas pone el acento en un aspecto diferente. En esas circunstancias, los individuos se distinguen en términos de coraje o de claridad de análisis, ya sea en el discurso o en la acción. Dichos individuos forman una vanguardia de hecho, que vemos nacer en el seno de todos los movimientos. Ellos se transforman en dirigentes de hecho; pueden contribuir al desarrollo de la actividad de las masas y, por la amplitud de su perspectiva, pueden ser buenos consejeros. Pero cuando ellos se reúnen en pequeños

grupos o partidos, con programas bien establecidos, estas relaciones fluidas se petrifican. Entonces, en tanto que dirigentes *ex officio*, ellos se consideran jefes y demandan ser seguidos y obedecidos.

Del otro lado, nosotros vemos que, en todas las acciones de masa o revolucionarias, surge un fuerte sentimiento común, que no es del todo consciente (como lo prueban las fluctuaciones de la acción), sino que está basado sobre condiciones concretas, que permiten la unidad necesaria en la acción para obtener resultados positivos. En tales circunstancias, las personalidades dirigentes pierden importancia. El verdadero beneficio, el verdadero progreso, real y duradero, consiste en que toda la clase, las masas obreras, cambien profundamente, rompan con el servilismo, fortalezcan su independencia, su confianza en ellas mismas, en virtud de su sola actividad, de su iniciativa, y no yendo a remolque de la iniciativa de los otros. Entre esos dos puntos de vista, la práctica de la lucha de clases puede revestir numerosas formas, intermediarias o combinadas.

Una última observación sobre las acciones de las masas. Considerando las condiciones de vida actuales en nuestras sociedades desarrolladas, puede parecer (y así está ampliamente aceptado) que estas acciones sean cada vez más imposibles e inútiles. Imposibles, en razón del enorme aumento del poder y de la violencia de los gobiernos, sostenidos por el gran capital (si una región del capital cayera en manos de los trabajadores, una simple bomba atómica bastaría para destruirlos). Inútil, porque las condiciones de vida y de trabajo, así como los derechos políticos de la clase obrera mejoran cada vez más (por ejemplos, los Estados Unidos). Y sin embargo, nosotros creemos firmemente que las amenazas de destrucción y de miseria que el capitalismo hace pesar sobre la humanidad son más fuertes que nunca. La forma actual es la guerra mundial que amenaza toda la población, intelectuales, maestros y obreros (siendo éstos últimos la gran mayoría). Es por eso que las acciones de masa serán más necesarias que nunca, y perderán el estricto carácter de clase que ellas tuvieron en el pasado (Bélgica, Rusia). Es de la única manera en que las masas podrán afirmar su voluntad, en relación a sus propias vidas.

Sin embargo, es un tema que no aparece en las discusiones, en la prensa o en los políticos; mucho menos en las publicaciones socialistas. ¿Será por miedo a ser identificadas con el comunismo ruso? ¿O más bien se trata del miedo de los grupos con pretensiones dirigentes de ver a las masas obreras tomar la acción en sus propias manos?

[Traducido por Maristella Svampa de **Pierre Chaulieu (Cornelius Castoriadis)-Anton Pannekoek, Correspondance 1953-1954: présentation et commentaires d'Henri Simon**, Paris, Echanges et Mouvement, s/d]